

El sueño de Nasha

Yacía tendida en su cama de sábanas blancas. El suave camisón le acariciaba la piel y sus ojos dormidos veían seres inhóspitos y bellas tierras lejanas.

Al alzar la vista, allá en el reconfortante cielo azul, podía ver con toda claridad un precioso dragón alado, que la miraba curioso con sus grandes ojos color malva.

Nasha se maravillaba con todo aquello, envuelto en miles de colores difuminados; los objetos se veían confusos, borrosos, huían de su forma y vagaban hacia aquel anaranjado sol de atardecer, que podía apreciarse allá, en el horizonte. Tenía que haber algo en ese lugar, aunque todo era tan extraño...

La sensación que guardaba en su interior también era muy rara. Sentía como si la nada se hubiera apoderado de su garganta, su estómago e incluso su cerebro. Los pensamientos se agolpaban sin orden alguno en su mente, sin conexión ni significado para ella. Se sentía atrapada, todo iba demasiado despacio: parecía que las pequeñas hormigas azules pesaban cien kilos cada una; los pájaros y las mariposas, con su significativa voluptuosidad, alzaban y descendían sus mágicas alas como si de una lenta danza se tratase. Se podía incluso escuchar el sonido que estas hacían al chocar con el aire, el cual tan despacio también viajaba que hacía que el cabello de Nasha flotara lento, como lánguidas algas marinas.

Ella vestía de blanco, su color preferido. Llevaba un precioso camisón de seda, que se ondulaba al compás de su largo cabello rizado. Sus ojos negros, cual carbonados, miraban más allá de lo visible, más allá de lo imaginable.

¡Qué lugar tan extraño y a la vez tan mágico! Pero ¿qué era aquello que flotaba sin forma en el aire? Nasha lo miró intrigada y, cautelosamente, acercó la mano a aquella *cosa*, mas esta se retorció y ondulaba sin dejar que la tocasen. Tenía un color raro, como una mezcla de marrón y carmín. Jamás había visto algo parecido, aunque le gustaba, le gustaba mucho. Intentaba cogerlo, pero no lo conseguía, se le resbalaba por entre los pequeños dedos de porcelana. Finalmente desistió y, con la mirada, buscó en el horizonte a ver si encontraba algún camino que la llevara de vuelta a casa.

Comenzó a andar por uno que cruzaba una especie de bosquecillo de árboles frondosos, pero pequeños. Nasha no tenía la menor idea de adónde la dirigiría este camino, conque lo único que hizo fue clavar la vista en el suelo color rosa y caminar con los hombros caídos, sin pensar ni por qué estaba allí ni si podría regresar a casa.

Todo estaba tranquilo, incluso monótono. El suelo seguía siendo rosa y los árboles seguían siendo frondosos y pequeños. Todo estaba tan en calma, que Nasha empezó a intrigarse. Las flores y hierbas realmente eran verdes, ¡qué extraño!

Decidió sentarse un rato para descansar, porque si no aquello se le iba a hacer interminable. Encontró una gran roca, plana por la parte superior, que le pareció perfecta para relajarse unos minutos. Al alzar la vista de nuevo al bosque, no vio aquellos pequeños árboles frondosos ni los vegetales eran ya verdes. Se asustó mucho, todo había cambiado en un instante. El camino, por el que había llegado hasta la piedra, ya no estaba, sino que ahora, en su lugar, había una pequeña senda de flores amarillas y azules. Sus colores eran muy vivos, sus pétalos, más grandes que las pesadas calabazas y eran tan poco usuales para Nasha, que esta quedó extasiada.

Detrás, se encontraba el bosque. Ahora sus árboles eran altos, tan desmesuradamente altos, que la punta de cada uno de ellos formaba una pequeña estrella en el elegante cielo color añil. Sus ramas eran muy finas y de color ámbar, pero tenían tantas que a duras penas se podían apreciar los mágicos troncos dorados. El suelo era ahora transparente y, a través de él, se veían miles de pequeños bichitos y seres correteando de allá para acá sin orden ni sentido alguno.

Ya nada era igual. Nasha no sabía cómo, pero, en un momento, todo había cambiado. Ahora las cosas iban demasiado deprisa: los seres del subsuelo corrían tan velozmente que no se podía distinguir uno de otro, formaban una gran masa negra; los pájaros y mariposas movían ahora sus alas a toda prisa, habían perdido su voluptuosidad y viajaban en todas las direcciones al mismo tiempo, allí adonde nunca nadie antes ha viajado. El tiempo y el espacio se comprimieron en un instante y Nasha desapareció para siempre consumida en sí misma.